

MARIASOLEIDAD@PUNTO.NET

Hace mucho que quiero escribirte y es ahora cuando he encontrado un hueco. La verdad es que todos los días pienso en ti, pero como voy como las locas, cuando vengo a darme cuenta estoy dormida en el sofá.

No es verdad, tú lo sabes. Pero da lo mismo.

Querría decirte tantas cosas y al mismo tiempo tan solo una palabra que lo englobara todo...

Cuando éramos jóvenes tú me enseñaste a soñar con estudiar en el instituto, marcharnos del pueblo a la ciudad. Después de aprender de números y letras, encontraríamos trabajo en unos grandes almacenes de ropa de señora; y a esos almacenes entrarían un día dos viajeros de telas que se quedarían prendados de nuestra eficacia y simpatía. Entonces, con palabras sencillas nos harían sentir las muchachas más lindas de la ciudad. Después vendría una vida llena de hijos, del amor de aquellos hombres honrados que nos ayudarían a montar nuestra propia tienda de ropa. Todo sería perfecto para no dejar de sonreír y dar gracias a la vida.

El hecho es que, llegado el momento, tú no pudiste ir a aquel instituto que se quedó esperándote, que el viajante nunca se acercó a

nuestro pueblo y que te quedaste colgada del primer singracia que te sacó a bailar en las fiestas patronales. Después vinieron los niños, muy pronto, demasiado, y el no dejar de trabajar de sol a sol para salir adelante. Como yo. El campo fue nuestro pan, como el de nuestros padres, como el de nuestros vecinos, como el de nuestros hijos. De la casa al invernadero, del invernadero a la casa. Y en medio de tantos días seguidos, todos iguales, te perdí, María Soledad, te perdiste tú primero entre las letras de tu nombre y ya nadie pudo alcanzarte, ni siquiera yo que creía conocerte, que te creía mi universo... Y no lo vi venir, no lo vi...

Las mujeres estamos tan acostumbradas a llevar tanto peso a nuestras espaldas, que nos olvidamos de levantar la cabeza para mirarnos al espejo y sacarle brillo a nuestra eficiencia. Apañamos el puchero con lo justo mientras mecemos cunas, recogemos tomates sin olvidarnos de las lavadoras, encalamos plásticos y usamos buenas dosis de lejía para lo que hay que usarla, para quitar la mierda, toda la mierda que nos salpica los rincones de la vida.

Y mira tú por donde, María Soledad, quería yo hacer uso de las letras de la escuela, esas que ya nos quedaban tan lejos, esas en las que pusimos tanta ilusión y que se nos clavaron con la esperanza que nos llevarían a mundos lejanos. Yo deseaba algún día ponerlas en fila,

como nos enseñó la señorita Julia, para decirte por escrito, como se dicen las cosas importantes, que ya me he perdonado.

A pesar de la vida tan dura que llevamos, encontré fuerzas para quitarme el mandil y levantar la cabeza. Llegó un momento en que fue necesario olvidar en el año en que nacimos, como si eso hubiese importado alguna vez y dejé de escupirme cada mañana la misma cantinela: *Ay, pobretica mi María Soledad, mi hermana, pobretica de mí.* Entonces dejé de odiar a todos: a padre, que mató a palos a nuestra madre cuando éramos unas niñas, a ti por no confiar en mí para darme la oportunidad de salvarte, de salvarnos juntas, a mí por no haber sido una heroína y haber visto tu tristeza sin solución antes de que decidieras beberte la lejía.

Y te resucité, desde entonces estás viva. Te sueño muy a menudo con la fuerza de la juventud, con ese brillo de ojos color madera que nos proporcionó la risa en la adolescencia, cuando cosíamos a la hora de la siesta escuchando las novelas de la radio...

Tú sabías muchas más cosas de las que creías, eras tan inteligente que no pudiste soportar la mediocridad que te envolvía; tan válida, tan útil en el universo que te rodeaba y que nunca te reconoció, ni siquiera yo... Aunque eso ya no importa... Si cuando eras joven alguien te hubiese dicho: *Sole, tú vales mucho*, otro gallo hubiese cantado...

Recién hecho tú lo que hiciste, pensé en imitarte. La historia de mi vida: seguir los pasos de mi hermana mayor... Todo el mundo decía que no entendía cómo te habías atrevido, beberte una botella de lejía... Pero yo sí te comprendí, María Soledad, comprendí de golpe todo tu silencio y tu tristeza... Días después dudaba yo entre los venenos del invernadero y la lejía. Por *La Milagrosa* te juro que tuve a los dos en la mano y cuando deseché la lejía pensando que el veneno sería más efectivo, entonces te vi apoyada en el quicio de la puerta de mi baño, joven, guapa, con aquel vestido de ramitos de rosas que te cosiste para San Fernando, al que me dejaste pegarle los botones... Y me sonreíste y me dijiste sin mover la boca que todavía no me tocaba... Que luchara...Y como siempre, cambiaste mi vida.

Al salir de aquel baño hice mis maletas y me fui directa al banco, saqué la mitad de lo que era mío después de tantos años de sacrificio y me cogí la primera pasajera que pasó por el pueblo hasta llegar tres ciudades por encima del mar, donde no hubiese ni un solo invernadero...

El camino fue muy difícil, también lo sabrás, tuve que luchar contra todos mis dragones, pero he conseguido empezar de nuevo.

Soy otra persona, mucho más joven, mucho más serena, mucho más feliz.

Una de las primeras cosas que hice al llegar a mi nueva vida fue apuntarme a una escuela de mayores y por aprender, ya puedo hasta

escribir en ordenador. Tú no sabes lo que es eso, pero te hubiese encantado teclear letras y que salieran en una pantalla llena de luz como hago yo ahora cuando me dirijo a ti, cuando escribo hoy el primer correo electrónico de mi vida, el que tenía que ser para mi María Soledad.

Hace un mes abrí nuestra tienda. Se llama como habíamos soñado: *TERSO*. De Teresa y Soledad. Es muy pequeñita, pero es nuestra.

Nunca más he vuelto a comprar lejía.

Ya casi se me olvidaba, me he ido por las ramas, como siempre. La palabra que quería mandarte era: GRACIAS.

Teresa

A esas mujeres fuertes y silentes que nunca necesitan nada.

Si acaso una sonrisa de vuelta a tanto esfuerzo...

Y quizá un cuento que les haga soñar.

Mar de los Ríos

1ª premio relato del XVIII certamen literario

mujer literatura de Vícar 2015